

21 (4)

La bola azul

Ahora mismo, mientras lees esto, está sucediendo.

Poco a poco, de forma casi imperceptible para nosotros, sí, pero de modo inexorable.

La verdad es que tú no notas nada. Y algunas veces crees que puede que no sean más que exageraciones.

Tú ya tienes tus propios problemas, no necesitas que te cuentes más historias.

Hoy, por ejemplo, has discutido con tu compañero y sales del trabajo muy enfadado.

Te gustaría mandarlo todo a la mierda y perderte en una isla del Pacífico, rodeado de cocoteros y playas paradisíacas.

Y sobre todo, olvidarte de tus preocupaciones.

Sentado en la puerta de su cabaña, el viejo pescador mira hacia el mar. Con sus pies descalzos sujeta la red, mientras la cose.

El viejo Kiam escucha el mar y suspira.

Las olas han empezado a alcanzar el pico más lejano de su red. Cuando la marea está alta, el agua llega tan cerca de su choza, que sólo hay espacio para su pequeña barca de pesca.

El abuelo Kiam está sentado a la sombra de las palmeras, mira hacia el agua y suspira. Sus ojos están velados por el sol y por los años.

Una niña pequeña gatea desde la cabaña hasta él. Se pone en pie apoyándose en su espalda y él sonríe notando las manos de su nieta en los hombros y en el cuello. Aunque estés muy preocupado, si sientes unas manos pequeñas en tu piel, tienes que sonreír.

El agua es de un color azul turquesa intenso, limpio y transparente. Tan limpio como cuando Kiam era un niño Pero él no sabe de qué color son otros mares (el mar del Norte, de un tono gris plomizo, frío y triste, o el mar que lame los puertos de las ciudades costeras, irisados de la grasa de los barcos y de bolsas de pipas vacías). El mar de Kiam es azul como el cielo que los cubre y él adora su pequeña isla, aún cuando nadie le haya explicado nunca que vive en un auténtico paraíso.

Pero cada día está más preocupado, tanto que cada día come menos y su nuera tiene que enfadarse con él para que se termine el cuenco de su ración.

Kiam recuerda que, cuando era pequeño y asomaba a la puerta de la cabaña, la misma que está ahora mismo a su espalda, él veía a su abuelo a lo lejos, en la orilla del agua, reparando la red.

Lejos.

Por eso recuerda y suspira. Porque sabe que su isla, la que ha dado de comer a tantas generaciones, se está hundiendo en el mar.

Le aliviaría pensar que sus nietos, que tendrán que dejar la isla cuando no quede ya tierra firme, podrían irse a vivir a cualquiera de las miles de pequeñas islas que hay cerca de la suya. Pero es que a todas les está pasando lo mismo.

Y no puede ni imaginar que clase de error tiene que cometer un hombre para que los dioses se enfaden de ese modo con él.

Para inventar un castigo tan cruel: dejar que tu tierra, tu vida y tu historia se hundan poco a poco en el mar.

Una furia que haga desaparecer la tierra bajo tus propios pies.

Coges el coche. Intentas arrancar varias veces y el motor parece muerto. Echas la cabeza hacia atrás y tratas de serenarte. Sólo hace tres años que lo compraste y ya empieza a darte problemas. Y ahora, que estás hasta arriba con la hipoteca del piso, el colegio de los niños y la factura de la calefacción, sólo faltaba que tuvieras que comprarte otro coche...

Pones la radio. *“En la cumbre del G-8 se ha hablado hoy de las sanciones económicas que tendrán que pagar los países que no respeten los acuerdos de Kyoto sobre el control de emisiones a la atmósfera...”*

Lo intentas de nuevo y ahora arranca con un sonido perfecto. *“...por lo que el aumento de la temperatura global del planeta provoca que el nivel del mar esté subiendo*

paulatinamente, lo que afecta ya a zonas costeras... Cambias de emisora. Bastante tienes ya con la crisis, como para que te calienten la cabeza con las emisiones de gases y la deforestación del Amazonas.

Tapuí, el chamán de la tribu ha subido hasta las ramas más altas del árbol de Ojé y ha cogido un poco de corteza, que ellos llaman yanchama. Desde allí mira las copas verdes de los árboles y la bruma que nace de la selva.

Recuerda las palabras del viejo chamán que le enseñó el arte de curar: “Desde aquí arriba, desde la copa de los árboles, se ve la selva como un enorme animal verde, con su piel suave de hojas húmedas. Y la neblina es la respiración que exhala. ¿Te has fijado que sucede cuando te haces una herida? Nuestro cuerpo crea una nueva piel y forma una cicatriz. Si te obcecas en crear un claro en lo más profundo de la selva, ella tardará muy poco lamerse la herida y en tapar ese hueco que el hombre ha creado”.

A Tapuí le hace daño recordar esas palabras. Si su maestro estuviera con él en la copa del árbol podría ver una gran herida en la carne verde de la selva. Una brecha que no van a permitir que cicatrice.

Empezaron a venir poco a poco, como una enfermedad que oculta sus síntomas, y Tapuí teme que ya no se irán nunca. Se llevan la madera de los árboles, se llevan las plantas que curan sin tener la precaución de asegurar para pueda seguir creciendo... Ellos creen que saben muchas cosas y sin embargo desconocen lo elemental.

Llegas a tu calle. No hay forma de aparcar. Tienes que dar cinco vueltas hasta que encuentras un sitio. Y justo, cuando vas a salir del coche, empieza a llover. Justo hoy, que no has cogido paraguas. Precisamente hoy, te has puesto el traje de lana que te regaló tu mujer, y los zapatos de ante.

Esperas un poco, dentro del coche, y ves a la gente corriendo por la acera, gestos de fastidio, algún taco suelto... Cuando pasan a la altura de tu ventanilla, ves a dos

adolescentes riendo a carcajadas. El agua les gotea del pelo y de la barbilla. Y tú piensas que hay que ser muy gilipollas para reírse con la que está cayendo. Parece que va amainando y ya no puedes esperar más (esa extraña sensación de prisa permanente que llevas agarrada al estómago de la mañana a la noche).

Llueve

La oscuridad es casi total.

Detrás de un mar de nubes, la luna es un finísimo aro de luz que acaba de iniciar su cuarto creciente.

Las primeras gotas, enormes, caen diseminadas.

En medio del silencio de la noche, suenan como pequeños toques de tambor, cada vez mas deprisa, cada vez más tambores.

Alguien se despierta y grita:

- ¡Llueve!

Zeira, la madre, es la primera en salir de la jaima. Mira hacia arriba, en medio de la noche.

Sin ver apenas nada, nota en su cara las gotas limpias y grita:

- ¡Llueve!

Y de la jaima que está al lado, sale la pequeña Mina, y detrás de ella, su hermana mayor:

- ¡Eh, despertad, llueve!

En pocos minutos todo el campamento está bajo la lluvia, moviéndose de un lado a otro en la oscuridad, como un extraño hormiguero: cada cual sabe qué es lo que debe hacer para recoger la mayor cantidad de agua posible. Porque saben también que puede parar en cualquier momento.

Pero esta noche la lluvia no cesa, y tienen tiempo suficiente para notar cómo las gotas empapan su pelo y su ropa.

Los hombres a un lado de las jaimas y las mujeres a otro, se desnudan y se frotan. El aguacero se desliza por sus cuerpos y arrastra el polvo hasta devolverlo a la arena. Zeira tararea una canción que aprendió de su madre y ésta de la suya:

*“La dicha es como la lluvia,
y no hay tazón que pueda guardarla,
la lluvia es como la dicha
y nadie puede atraparla entera”.*

Los chicos corretean, chocan entre sí y forcejean; en ese instante mágico su piel se ha convertido en algo extremadamente suave y resbaladizo, y parecen pequeños peces alocados riendo bajo el aguacero.

Poco a poco cesa la lluvia, y la algarabía de risas se ahoga en la oscuridad del desierto.

Piensa un poco. Puede que esto no sea lo que está sucediendo ahora un lugar lejano.

Puede que sea esta tierra que tienes bajo tus pies y que esos niños que juegan con la lluvia sean los hijos de los hijos de tus hijos. Y que esto suceda aquí dentro de cientos, no, más bien miles de pequeños errores sin importancia.

Hiedra